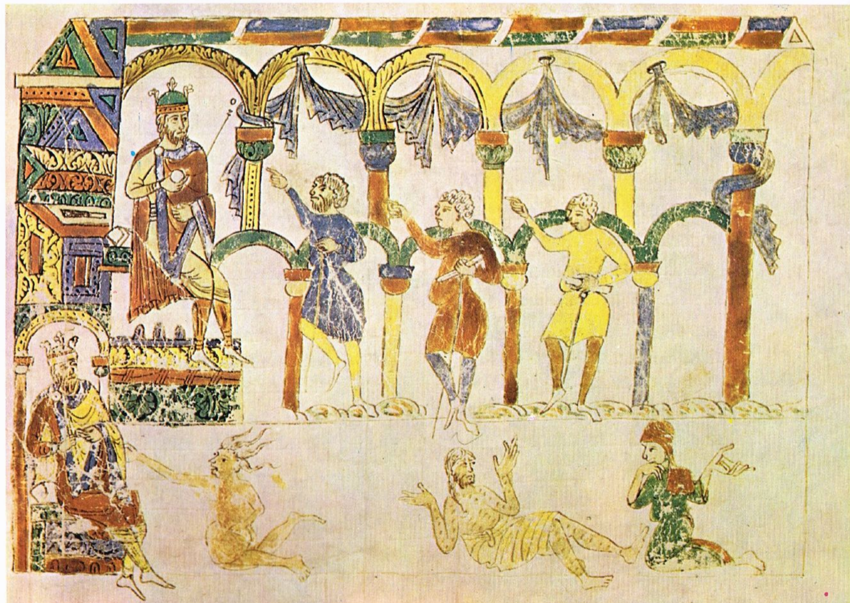


Miniatura de la época otónida en que se representa una ceremonia de veneración al emperador en dos ambientaciones diferentes (Biblioteca Vaticana).

Los Otones y la restauración imperial

por ANTONIO M.ª ARAGÓ CABAÑAS

En el siglo X sitúa el profesor Robert Sabatino López el nacimiento de Europa. Es entonces cuando se abandonan las fórmulas caducas y aparecen nuevas estructuras, dotadas de una mayor flexibilidad política, y se crea un nuevo hábitat humano más tranquilo y prometedor. Aunque sólo en germen todavía, se configuran los cauces por los que ha de fluir el movimiento de renovación: ampliación del dominio agrario, reactivación comercial, formación de un sentido comunitario social y nacimiento de una incipiente burguesía. Todo ello dentro del marco de un Imperio occidental –cada vez más simbólico– desbordado por el pluralismo monárquico.

El legado de los últimos carolingios fue



Esta miniatura del siglo X pretende representar el palacio imperial y la corte de los Otones (Biblioteca Vaticana).

la desmembración. De modo análogo al reino franco-occidental, dividido en grandes principados, o al mosaico italiano, cuyas piezas principales eran los ducados septentrionales de Ivrea y Friul, los estados pontificios y los ducados lombardos de Benevento, Capua y Salerno, próximos a los dominios bizantinos y fatimíes, el antiguo reino de Luis el Germánico aparecía también parcelado en grandes territorios.

Al Norte, la Sajonia, cabalgando sobre el Weser, y limitada al Este por el Elba y el Saal, al Oeste por la Lorena y al Sur por los valles del Fulda y del Werra, tuvo como primer duque a Liodulfo, que murió en 866, y cuyo hijo Odón amplió los dominios hacia Turingia. Más al Sur, el ducado de Franconia, centrado por el valle del Main y lindando con el Neckar, conoció la pugna por la supremacía entre las familias de los Bamberg y Conradino. Al Sudeste, el ducado de Baviera, regido primeramente por un miembro de la familia carolingia –Arnulfo, nieto de Luis el Germánico– y luego por el duque Liudpoldo, quien consiguió anexionarse las marcas de Bohemia y Carintia.

Separado del principado anterior por el río Lech, el ducado de Suabia, que englobó la Alsacia desde el 912, estaba gobernado por una dinastía procedente del lago de Constanza. En cuanto a la antigua Lotaringia, la parte septentrional (desde Flandes a Frisia) se convirtió en un ducado autónomo regido por Reniero "Cuellolargo", en tanto que la parte meridional –que había formado el endeble reino de Carlos de Provenza– se disgregó, a su vez, en dos nuevos reinos: el de Borgoña, erigido en 888 por un jefe mili-

tar carolingio llamado Rodolfo, se extendía entre el Jura y los Alpes, y el de Provenza, que comprendía las ciudades de Lyon, Vienne y Arles, fue creado por Bosón, caudillo militar que estaba casado con Ermengarda, hija del emperador Luis II, feliz circunstancia que aprovechó para hacerse coronar en Valence (890).

El principio o elemento integrador de los núcleos políticos que se iban formando en Occidente era de índole muy diversa: la necesidad de defenderse frente a un enemigo común, la acumulación patrimonial, la persistencia de viejas demarcaciones históricas o, simplemente, la proclamación espontánea. Pero, además, en muchas de esas unidades políticas puede descubrirse una base étnica innegable (como en el caso de Friul, Normandía, Navarra-Gascuña, etc.). Esa base étnica, estructurada según un concepto muy extenso de la familia (*Sippe* o *Stamm*), se trasluce, sobre todo, en los principados germánicos.

En múltiples ocasiones, tanto Sajonia –anexada tardíamente al Imperio carolingio– como Baviera habían demostrado una destacada personalidad. Los cuatro grandes ducados, más el de Lorena, ya citado, se hallaban ya perfectamente definidos al iniciarse el siglo X. Tenían, pues, una opción a convertirse en otros tantos reinos independientes, como aconteció en otros países; posibilidad favorecida, en este caso, por la antigua propensión germánica a constituirse en reinos de base étnica.

No obstante, no sucedió así, sino que a esa Germania múltiple estaría reservada, precisamente, la misión de reinstaurar el decaído Imperio. Con todo, dicha *Renovatio* era imposible si no se lograban previamente algunos supuestos indispensables para que la idea no se quedara en un simple sueño. Eran imprescindibles para ello un método y una estrategia. Y esta operación fue la gran jugada de la familia sajona.

Un año antes de morir Carlos el Gordo, último heredero legítimo de Luis el Germánico, fue elegido en Francfort Arnulfo de Baviera, o también llamado de Carintia (887-899), hijo ilegítimo de Carlomán y militar de gran prestigio. En él puso, a la vez, sus esperanzas para dignificar al Imperio el papa Formoso (891-896), el cual, temeroso de la prevalencia de las casas de Spoleto y de Toscana, que lo habían expulsado de Roma, y haciendo caso omiso de la unción impartida a Guido y a Lamberto de Spoleto, solicitó la eficaz ayuda de Arnulfo y le otorgó la corona imperial el 22 de febrero del 896.

En el curso de una expedición para aniquilar a sus rivales, el emperador alemán fue atacado de una enfermedad incurable, que le llevaría al sepulcro unos años después. Para sustituirle, los germanos eligieron en Forcheim al hijo de Arnulfo, Luis el Niño (900-911), en quien se extinguió la línea masculina de Luis el Germánico, debiendo recaer la corona –según el precedente de Luis el Gordo– en el rey carolingio de la rama francesa, Carlos el Simple, virtualmente destronado por los robertianos. Por este motivo y por lo lejana que resultaba ya la idea de un *regnum Francorum* unificado, los grandes duques –desempeñando por primera vez la función de las tribus familiares– eligieron a Conrado de Franconia, nieto por línea materna del emperador Arnulfo.



Otón I, su esposa Adelaida y su hijo y sucesor Otón II niño aparecen arrodillados adorando a Cristo, marfil del siglo X (Museo de Arte Antiguo del Castillo Sforzesco, Milán).

Fue Conrado I hombre de temple y carácter muy acusados, pero su gestión política se limitó exclusivamente al territorio alemán. Parecía haberse extinguido en el reino germánico toda pretensión imperial. Bien es verdad que el nuevo caudillo –a pesar de la elección– tuvo que emplear sus energías en sofocar una rebelión de los duques de Baviera y de Sajonia, a quienes persiguió en una campaña –ya en territorio húngaro– que le ocasionó la muerte (23 diciembre 918). Mientras su enemigo Enrique de Sajonia se dedicaba a su deporte favorito de la cetrería, recibió las insignias que, por decisión del moribundo, le entregó el hermano de éste, Eberhard, designación que fue ratificada por los magnates en 919. En su breve reinado, Conrado I tuvo dos aciertos políticos: atraerse la cooperación de la Iglesia para vertebrar la insegura monarquía y designar para sucederle a su peor enemigo, en quien reconocía noblemente cualidades de gran gobernante.

El rey David en una miniatura del "Psalterium Egberti", miniado por el monje Roudprecht por mandato de Egberto, obispo de Tréveris (Museo de Cividale del Friuli). Se trata de un códice del siglo X, de la escuela otoniana de Reichenau.



Como jefe de la casa de Sajonia, Enrique el Pajarero (919-936) representaba la fuerza joven de un pueblo que se había incorporado, no sin tenaz resistencia, al Imperio de Carlos el Grande. Su segunda esposa, Matilde, era descendiente directa de Witikind, el legendario caudillo que luchó con bravura en defensa de su país. Esas circunstancias no impidieron, con todo, que Enrique I actuase con entera conciencia de la unidad del reino. Uno tras otro, puso fuera de juego a los próximos parientes que se levantaron contra él: Burkhard de Suabia, Arnulfo de Baviera y a Gisilberto, duque de Lorena, a quien hizo vasallo suyo (925).

En el mes de mayo del 926 no pudo impedir que el caudillo húngaro Werla destruyera el cenobio de Saint-Gall. Pero, a cambio de un importante rehén, logró obtener una tregua por un plazo de nueve años, tiempo que aprovechó para fortificar una red de plazas avanzadas: Hersfeld, Quedlinburg, Merseburg, Meissen, Gandersheim y Essen. La estrategia seguida fue la de instalar en ellas unos destacamentos formados por grupos de nueve *milites agrarii,* uno de los cuales tuviera su residencia fija en el fuerte, en tanto que los demás se dedicaban a las labores del campo. Gracias a la seguridad ofrecida pudo evitar las emigraciones masivas de los núcleos de población, que, de simples baluartes fronterizos, se convirtieron más tarde en poderosas ciudades.

En sucesivas campañas aniquiló a los havelanos, tomando Brandeburgo, ciudad muy adentrada en territorio eslavo, e hizo tributario a Wenceslao de Bohemia. En el año 933 –cumplida ya la tregua mencionada– infligió a los magiares una considerable derrota, cerca del río Untrut. Inició la organización de las marcas de Brandeburgo, de Lusacia y del Schleswig, y, cuando proyectaba una expedición a Italia, murió en Memleben (Turingia) el 2 de julio de 936. Enrique I tuvo de su primera mujer, Hatburga –a la que sacó de un monasterio–, un hijo, Tankmar, y una hija. Y de Matilde (m. en 968), hija del conde Thierry de Ringelheim, nacieron Otón, Enrique (que casó con Judit, hija de Arnulfo de Baviera), Bruno (arzobispo de Colonia), Gerberga (esposa de Giselberto, duque de Lorena, y luego de Luis IV de Ultramar) y Hatwide o Eduvigis (mujer de Hugo el Grande y madre de Hugo Capeto).

El gobierno de Enrique I trazó ya, en líneas generales, muchos de los planteamientos que constituirán los principales temas de la política alemana en el siglo X. El

primer problema, siempre delicado, era el sucesorio, ya que de él dependía, en gran parte, la continuidad del reino concebido unitariamente. Se halló una solución en la fórmula que hermanaba el respeto al *stamm* familiar del soberano con el sistema electivo, opción que los príncipes no querían dejarse perder: el rey, en vida, designa a un sucesor, que, a su vez, es elegido por los magnates. Por otra parte, el sistema electivo contaba con el apoyo de la Iglesia, que por boca de Fulco, arzobispo de Reims, había dicho: "Un rey a justo título es aquel a quien corresponda la dignidad por derecho hereditario y haya sido designado con el unánime consentimiento de los obispos y de los grandes".

Otón I, hijo primogénito de Enrique I y de Matilde de Ringelheim, nacido en el 912, fue coronado en Aquisgrán el 8 de agosto del 936. De elevada estatura, rostro enérgico, enmarcado por espesa y rojiza barba, Otón se expresaba en sajón, en francés y en eslavo, aunque sus conocimientos en letras humanas eran más bien escasos.

Como su padre, tuvo que medir sus fuerzas con su parentela, siempre dispuesta, según costumbre muy germánica, a probar suerte con el nuevo soberano. Frente al rey, se levantó una formidable coalición, cuyos dirigentes eran Eberhard de Franconia y Thankmar, hermanastro de Otón, quienes lograron atraer a su causa al duque de Suabia, a Gisilberto, duque de Lorena, y a Enrique de Sajonia. El conflicto se resolvió, por fin, en la batalla de Andernach, en donde hallaron la muerte Eberhard y Gisilberto. No hubo remisión para Thankmar, pero sí para Enrique de Sajonia, quien al morir Bertholdo de Baviera, en 947, recibió la investidura de aquel ducado, por ser yerno de Arnulfo de Carintia. Por otra parte, al quedar vacante el ducado de Lorena, Otón lo transfirió a Conrado el Rojo, casado con Luitgarda, hija de aquél.

La política de Otón I, como rey alemán, se centra muy certeramente en dos objetivos que se implican y condicionan mutuamente: salvar la integridad del reino –para lo cual tenía que dominar o, por lo menos, neutralizar a los pueblos vecinos– y seguir una política de expansión que despertase en los magnates un sentido de cooperación, antes que de lucha competitiva por el poder.

Los momentos culminantes de su acción militar en la frontera oriental vienen significados por la doble victoria sobre los húngaros en Lechfeld (10 agosto 955) y sobre los eslavos en Recnitz (16 octubre 955). La primera fue defensiva. Tres capitanes húngaros (Lehel, Bultzu y Boton, según algunas fuentes) emprendieron una incursión hacia Augsburgo, plaza protegida por un sencillo vallado, y que fue valerosamente defendida por su obispo Ulrico, por estar ausente y enfermo Enrique de Baviera. Otón I inició su marcha con un contingente de sajones, que pronto se vio engrosado con guerreros suabos, bávaros y eslavos.

En los campos cercanos a la ciudad, a orillas del río Lech, los cristianos infligieron a los húngaros una derrota total. Según una leyenda magiar, sólo siete hombres lograron volver a sus hogares, dato que aducimos tan sólo para denotar la repercusión literaria del acontecimiento. Dos meses más tarde, el rey atacaba a los eslavos del Elba, a los que superó en Recnitz. Ambas victorias permitieron a Otón I, según veremos, crear



Miniatura inglesa del siglo X que representa al rey Edgar, "emperador de Inglaterra", entre la Virgen y San Pedro, ofreciendo a Cristo la carta fundacional del monasterio de Winchester (Museo Británico, Londres). Obsérvese la diferencia de estilo entre las escuelas germánicas y esta inglesa, teniendo en cuenta que el rey Edgar fue contemporáneo de Otón I.

138

LA PROMOCION ARTISTICA Y CULTURAL

El movimiento cultural y artístico de los imperios carolingio y otónida se realiza desde arriba. No constituye un hecho social, sino palatino, y se inscribe en el restringido ámbito de los palacios imperiales y de sus extensiones religioso-administrativas: la sede episcopal y el monasterio. La penetración de la cultura en la sociedad es prácticamente nula y aun en el propio sector eclesiástico son muchos los clérigos iletrados.

El instrumento de la renovación cultural fue, en ambos imperios, una élite de intelectuales llamados desde diversos países: con Carlomagno y sus sucesores colaboraron el lombardo Paulo Diácono, el italiano Pietro de Pisa, los franceses Agobardo, Angiberto –arquitecto de Centula– y el filólogo Lupo de Ferrières, el visigodo hispánico Teodulfo y los irlandeses Dungal y Juan Escoto. Con Otón III, además de Gerberto de Aurillac, el lorenés Rathier de Lobbes y los italianos León de Verceil y Luitprando de Cremona.

Focos de irradiación cultural fueron, sobre todo, los monasterios de Auxerre, Corbie, Ferrières, Fleury, Hautvilliers, Limoges, Saint-Denis, Saint-Riquier y Vezelay en Francia; Augsburgo, Colonia, Einsiedeln, Hildesheim, Hirsau, Fulda, Ratisbona, Reichenau, Salzburgo y Saint-Gall, en Alemania; Farfa, Montecassino, Ravena y Subiaco en Italia; Ripoll, Sahagún y Silos en España.

Por su contenido, el arte y la cultura del Imperio reconocen diversas fuentes: restos de la civilización romana, aportes céltico y germánico –cargados, desde la época de La Tène, de influjos orientales–, motivos helenísticos y bizantinos y, finalmente, la ciencia arábiga canalizada desde Sicilia y el califato de Córdoba. En las centurias que van del siglo VIII al X se da en Europa un activo intercambio cultural entre Oriente y Occidente, diálogo en el cual se hace difícil distinguir lo autóctono de lo importado. Se desconocen, por otra parte, con precisión cuáles fueron las formas culturales transmitidas desde el Bajo Imperio y, aunque los tratadistas están de acuerdo en que hubo un profundo hiato, también admiten cierta continuidad cultural. La renovación carolingia no sería en este caso tanto un renacimiento como una voluntad de conservación y adaptación de formas transmitidas. Sus hombres y sus obras acusan por ello mayor aplicación que originalidad creativa. Hecho que se da lo mismo en las artes plásticas que en la cultura en general.

La arquitectura carolingia, tanto civil como eclesiástica, asume el tipo basilical, de planta rectangular y tejado a dos vertientes, cuya tradición se había perdido en Occidente. El exterior presenta escasos relieves, mientras que el interior tiende a la fastuosidad. La basílica carolingia introduce algunas modificaciones, que se completarán en la época otónida: la planta, rematada por dos ábsides opuestos, y el cuerpo adosado al lado occidental *(Westbau)*, que consta de una fachada a veces flanqueada de dos torres, aunque éstas pueden también encuadrar los dos hemiciclos (templos de Hildesheim y Paderborn; catedrales de Spira y de Worms). Pero al lado de la planta basilical, las construcciones carolingias adoptan a veces la planta radial, de tradición bizantina, en forma octogonal o circular (capillas palatinas de Aquisgrán y de Nimega, baptisterio de Fréjus).

Aunque la arquitectura fue probablemente más importante de lo que revelan los escasos restos conservados, la cultura carolingia ha sido definida como una cultura de objetos más que de edificios. El arte suntuario –coronas, arquetas, fíbulas y pectorales– tiene un tono de dignidad y riqueza, sorprendente en unos siglos de hierro, y revela un gusto por el objeto en sí, independientemente de su función. Sobresale la producción de obras en marfil (dípticos, peines y plaquetas), que demuestran una tradición directa del mundo clásico, aunque con distinta técnica.

La época de la restauración imperial ha sido, con razón, denominada "época del libro". Tal vez en ninguna otra, el libro fue igualmente tratado y decorado como un objeto precioso. Una suntuosidad sobreabundante se expresa tanto en la encuadernación, recargada de marfiles, placas en metal y piedras preciosas (manuscritos de Metz, evangeliarios de Dublín, Lorsch y Reichenau), como en la elegancia textual, cuya representación máxima es el Evangeliario de Carlomagno, escrito en caracteres unciales de oro sobre fondo púrpura.

No menor prodigalidad se observa en la ilustración, que presenta tres modalidades distintas: el caligrama, de tradición céltica (Evangelio de Lindisfarne y Biblia de Reichenau); las escenas historiadas, que pueden ser encuadradas o libremente intercaladas en el texto, y de las cuales nos ofrecen abundantísimos ejemplos el Apocalipsis y el *Codex Egberti* de Tréveris, la Biblia de Carlos el Calvo y los Beatos españoles, y la figura glorificada dentro de un arcosolio, disposición que tiene como antecedente los nichos arquitectónicos romanos y que tuvo su réplica en los marfiles (Díptico de Aosta, siglo V) y se transfirió a la miniatura libraria.

Dedicada al principio a glorificar los personajes religiosos –Jesucristo y los evangelistas, los profetas del Antiguo Testamento y los Santos Padres–, se transfirió tempranamente a la figura del emperador, que viene a ocupar, en cierto modo y en virtud de su sacralización, el lugar reservado a las personas sagradas. Casi todos los emperadores y muchos de los reyes nos dejaron una representación triunfalista: Carlomagno (Biblioteca Nacional, París), Carlos el Calvo (Salterio, Biblioteca Nacional, París), Lotario (Evangeliario, *ibídem*), Carlos el Gordo y las cuatro virtudes cardinales (Biblia de San Pablo extramuros), Otón II (miniatura procedente de Tréveris, Museo de Chantilly) y Otón III recibiendo el homenaje de Roma, la Galia, Germania y Esclavonia (Evangeliario de Reichenau, Biblioteca de Munich).

En cuanto a la cultura científico-literaria, debemos distinguir cinco tipos diversos dentro de la élite intelectual, según los fines que se proponen: enciclopedistas, tratadistas científicos y filosóficos, analistas, literatos y pedagogos. La primera actitud aparece en los reinos germánicos de la primera época como una necesidad ineludible de tesaurizar los conocimientos; sus representantes más señeros fueron Isidoro, arzobispo de Sevilla, y Beda el Venerable; inspirándose en ellos, Rabano Mauro, discípulo de Alcuino (784-856), escribió su compendio *De rerum naturis et verborum proprietatibus et de mystica rerum significatione*.

La forma más característica de la época la constituyen los tratados. Absorbiendo las enseñanzas de Boecio y Casiodoro, pero también de los autores clásicos, se manifiesta a través de esas obras de estudio un esfuerzo consciente para la conservación de una cultura. Un primer lugar corresponde a las obras gramaticales y a la lexicografía. Esa preocupación lingüística está plenamente de acuerdo con la común exigencia de salvar el único vehículo que les une con la antigüedad clásica –exceptuando unos pocos helenistas–: la lengua latina.

Con el fin de ilustrar el valor que se atribuye a los tratados fundamentales, recordemos la permuta hecha en 1044 por Guislaberto, obispo de Barcelona, de un inmueble dentro del recinto de la ciudad por un ejemplar de la gramática de Prisciano de Cesarea. Se inicia también en esa época un gran interés por la dialéctica como instrumento funcional de la verdad. A mediados del siglo XI se polarizarán dos actitudes opuestas, en favor o en contra de la utilidad de la dialéctica, cuyos respectivos adalides serán Berengario de Tours (muerto en 1088), autor de la *Rhetorimachia*, y Pedro Damián (1707-1072), que escribió la obra *Contemptus mundi*.

Las ciencias físico-matemáticas recibieron un gran impulso gracias al contacto con el mundo árabe. Mediador de este intercambio fue Gerberto, monje de Aurillac, abad de Bobbio (982), arzobispo de Reims y de Ravena, y papa con el nombre de Silvestre II (999-1003). Parece demostrado que entre 967 y 970 visitó las sedes de Barcelona y Vich, en Cataluña, y entró en relación con la ciencia arábiga. A él se atribuye la introducción en Europa del astrolabio –instrumento adecuado para medir la altura de los astros–, del ábaco –de origen romano, pero que los árabes perfeccionaron añadiéndole una pieza nula que denominaron *sifr* (cero)– y de la numeración arábiga.

El pensamiento filosófico se mueve en la esfera helenística. El pensador más original fue el irlandés Juan Escoto (810-877), traductor del Pseudo-Areopagita, manuscrito enviado por Miguel el Balbo de Bizancio a Luis el Piadoso. En su obra *De divisione naturae* nos expone el círculo del devenir ontológico, desde el Ser absoluto, increado y creador, pasando por las criaturas que son la palabra divina y que han de retornar al Absoluto. Escoto fue, tal vez, el primer intelecto libre de la Edad Media.

Los analistas siguen, en cierto modo, el estilo iniciado por Isidoro de Sevilla y Gregorio de Tours, de anotar los sucesos conocidos directamente, por orden cronológico. El método es sencillo y objetivo, aunque a veces caen en el panegírico. Famosos son, entre otros, los anales de Fulda, de Herford, de Nordhausen y Hildesheim.

Exponentes de creación literaria fueron Eckhart de Saint-Gall, autor del poema épico *Waltharius*, que recoge algunas leyendas germánicas de la época de las migraciones, y la poetisa Hroswitha, monja de Gandersheim, que cultivó el drama terenciano y la hagiografía rimada.

La preocupación pedagógica fue uno de los temas principales de la cultura carolingia, como nos lo revela la Capitular del año 789, en la que se fijan las materias de enseñanza: el solfeo, la salmodia, el cómputo eclesiástico y la gramática. Un particular interés por la educación de los jóvenes tuvo Alcuino, autor de unas *Propositiones ad acuendos iuvenes*, que plantean cuestiones curiosas de logística, e introductor de las siete artes liberales, divididas en el *trivium* y el *quatrivium*, siguiendo la clasificación ideada por Martiano Cappella en el siglo V.

A pesar de sus limitaciones, no puede negarse que la época imperial carolingia y otónida suscitó la aparición de la figura del intelectual universalista, preparando el advenimiento de una época de mayor circulación cultural: la universitaria.

A. A. C.

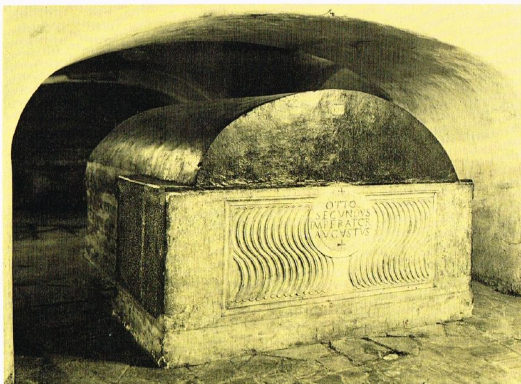
un cinturón de marcas fronterizas, debidamente articuladas, que consolidarían la obra de Enrique I. Un aspecto positivo de ambas expediciones, en cuanto a la cohesión interior, fue que en ellas tomaron parte todos los ducados.

Otro capítulo muy distinto fue la cuestión italiana. Era, ciertamente, un tema tan carolingio como el de las marcas del Este, pero en modo alguno constituía un problema "nacional" germánico, por lo que muy bien podía haber quedado al margen. Sin embargo, Otón I, en cuanto se vio más seguro en el trono alemán, no dudó en intervenir en Italia de un modo directo. Y él, rey no carolingio, se sentirá extrañamente llamado a ceñir la corona de los lombardos.

La situación italiana revelaba una profunda desintegración. El pontífice se convertía, en repetidas ocasiones, en una mera pieza del juego político, en el que se entretenían unos príncipes sin miramientos. Sobresalían en su osadía los duques de Spoleto, Agiltrudis, viuda de Guido, y Lamberto, que, como era de esperar, no pudieron perdonar al papa Formoso la coronación de Arnulfo, por lo que le sometieron *post mortem* a un macabro juicio revisionista. A partir de Esteban VI (896-897), eliminado por la violencia, puede decirse que los papas escribirían su historial político al dictado de dos personajes femeninos: la citada Agiltrudis y Marozia.

Era ésta hija de un *dux militiae* llamado Teofilacto y estaba casada desde 905 con Alberico, marqués de Camerino. Llevada por su ambición y espíritu de intriga, Marozia consiguió dirigir la vida pública romana durante tres decenios. Su influencia creció con sus consecutivas nupcias con Guido de Toscana y Hugo de Provenza, el cual, por pertenecer a la familia de Boson, cuya rama directa se extinguió con Luis (890-905), pretendía el reino de Italia. Disgustada Marozia con el papa Juan X (914-928) por haber coronado a Berenguer de Friul en premio a su lucha contra los sarracenos, lo ahogó en su propia cámara. Y, sin desistir de sus propósitos, no cejó hasta elevar al solio pontificio a un hijo espúreo que, según parece demostrado, hubo de Sergio III (904-911) –tan venerable por otros conceptos–, y que reinó con el nombre de Juan XI (931-936).

Ni aun por esos medios consiguió Hugo de Arles la corona de Italia. El asalto del castillo de Sant'Angelo por Alberico, hijo del primer matrimonio de Marozia, terminó con aquella situación. El vencedor relevó a su madre en la dirección de los destinos de la ciudad, ostentando por primera vez el título de *Princeps romanorum* que adoptarían luego



Sarcófago de Otón II en las galerías de la cripta de la Basílica Vaticana. Derrotado en el sur de Italia frente a los musulmanes, Otón II murió poco después en Roma.



Otón II y su esposa, la princesa bizantina Teófano, protegidos por Cristo, marfil del siglo X (Museo de Cluny, París). El matrimonio del emperador explica la manifiesta influencia bizantina que tiene este marfil y otras obras típicas de la escultura otoniana.

algunos pontífices. Este pequeño principado de Roma era como un enclave dentro del reino de Italia, cuyo cetro poseía, desde 950, Berenguer II de Friul, nieto de Berenguer I, en quien se unió también la casa de Ivrea.

Era lógico que el rey de Italia ambicionara la dignidad imperial para su familia y, con el fin de conseguir su propósito, raptó a Adelaida, viuda del rey Lotario, y la encerró en la fortaleza de Garda, con la pretensión de desposarla con su hijo. Tamaña osadía ofreció a Otón I un buen motivo para ocupar los estados de aquel príncipe y obligarlo a prestarle vasallaje. Depuesto junto con su hijo en la dieta de Pavía (961), murió Berenguer II cinco años después en Bamberg, frustrada su resistencia y dispersados sus herederos. Con ello, quedaba abierto para Otón I el camino de Italia.

El doble aliciente –imperial y pontificio– de la ciudad de Roma y el prestigio que aún conservaba la corona de los Lombardos, transformada por Carlomagno en un signo de cooperación con la Santa Sede, constituían una meta gloriosa, a la que Otón I no pudo resistir. Su *cursus honorum* fue rápido y fulgurante: boda con la reina rescatada, coronación en Pavía como *Rex Francorum et Langobardorum* y, finalmente, unción imperial en Roma, junto con Adelaida, por el papa Juan XII, el 2 de febrero del 962. Quedaba con ello instaurado el Sacro Imperio Romano Germánico de Occidente.

Aparte de significar el máximo prestigio secular dentro de la cristiandad, el título imperial ofrecía a Otón el Grande, como anteriormente a Carlomagno, el medio de poder realizar un programa político muy concreto: el robustecimiento de su poder en Alemania y la expansión hacia los dominios italianos. Si los Otones alcanzaron la primera meta, hay que reconocer, en cambio, que su *Drang nach Süden,* o "Marcha hacia el Sur", se vería erizada de dificultades y dejaría una difícil y engañosa herencia a sus sucesores.

La situación de paridad que la dignidad imperial le confería permitió a Otón el Grande proseguir el camino emprendido por Enrique I hacia la integración del reino germánico, y muy bien podría considerársele como el creador de Alemania. Para conseguir este fin, aplicó dos medios distintos: la consolidación de su dinastía y la estructuración del estado. Al primero de ellos apuntan los nombramientos de Ludolfo, hijo de su primer matrimonio, como duque de Suabia, y el de su yerno Conrado el Rojo, para el ducado de Lorena; y, hecho más significativo, la asociación de su hijo Otón en el reino de Italia (962) y en el Imperio (967). Para reinar de un modo efectivo en sus territorios alemanes, Otón I adoptó un sistema muy eficaz: el de sustituir la antigua relación de servicio-beneficio –que en pocos años arruinó al Imperio carolingio– por una red administrativa eclesiástica, de rango imperial, que cubría prácticamente las zonas más inestables de sus ya extensos territorios.

Los obispos, cuyo nombramiento se reservaba, se vieron por ello investidos de las atribuciones propias de los condes, tales

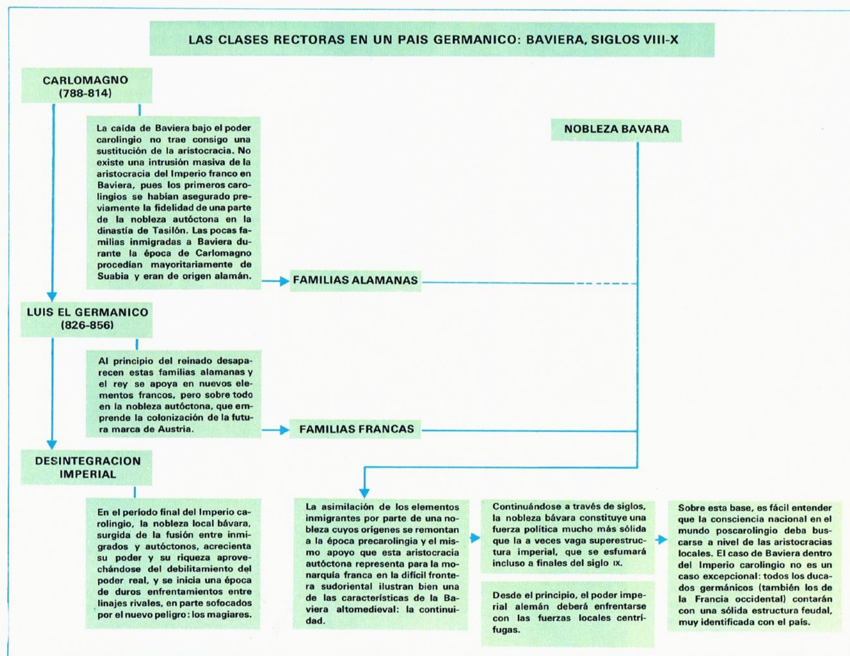
como el ejercicio de la justicia y la facultad de acuñar moneda, de imponer derechos aduaneros y de permitir la instalación de mercados. Formáronse, de este modo, los poderosos arzobispados de Magdeburgo, Colonia y Maguncia, y los obispados de Chur y de Spira.

Por su parte, la Iglesia podía contar con un instrumento poderoso y eficaz de penetración en los pueblos todavía paganos. Apoyada en su estatuto político, operaba sobre las mentes sumergidas en culturas de distinta naturaleza antropológicas –salvando la acción individual de algunos espíritus selectos– con un doble medio de comunicación social, muy expresivo y efectista: el templo de piedra, que destacaba por su mayor altura y solidez sobre el conjunto de construcciones en madera, y la creación de un ámbito solemne y misterioso en el interior del recinto sagrado.

La cristianización del pueblo se operaba más desde las altas estructuras que desde las propias, no siendo raro que a una victoria militar sucediese la conversión del caudillo, al que imitaban, de un modo automático, las comunidades étnicas locales. Con frecuencia, la adopción del cristianismo se presentó como una decisión soberana y, en cierto modo, como un asunto de estado. No ha de extrañarnos, pues, que apareciesen algunos focos refractarios a la integración, bien en forma de rebelión abierta –como la de los polacos en 1040– o mediante una segregación, como la comunidad de obodritas, que siguió sus prácticas paganas en el Bajo Elba hasta el siglo XII.

Las esferas religiosa y política se condicionan entre sí de tal manera que en el Imperio otónida podría afirmarse que las sedes episcopales, debidamente articuladas, desempeñan la función de baluartes avanzados.

Las marcas meridionales dependían de los arzobispados de Aquileya y Salzburgo; al





arzobispado de Magdeburgo correspondían las sedes episcopales de Olmütz, en Moravia; Praga, en Bohemia; Merseburgo, Meissen, Brandeburgo, Havelberg y Oldenburgo, en los países eslavos, y la de Posen, en Polonia. Más al Norte, la conversión de la reina Gunhilda, esposa de Haroldo Diente-Azul, al cristianismo, permitió la creación de las sedes de Schleswig, Aarhus y Ribe en la península danesa.

Con Otón I el Grande se prefigura lo que será el Imperio de la dinastía sajona hasta Enrique II (1002-1024): un núcleo territorial compacto, en el centro de Europa, flanqueado por una constelación de marcas y reinos vasallos. En el flanco oriental, y de Norte a Sur, se formaron las marcas de los Billung, del Norte, o Altmark; de Lusacia, de Meissen, de Zeitz, de Nordgau, del Este; de Estiria y de Carintia –lindando esta última con la de Verona–. Detrás del dispositivo de defensa fronteriza, la influencia del Imperio se extendía hacia los dominios de Polonia, Bohemia, Moravia y Hungría. En el flanco occidental, los pequeños reinos producto de la desintegración carolingia fueron capturados uno tras otro dentro de la órbita

La catedral de Worms, la más característica de las construcciones románicas renanas, empezada en el siglo XI y terminada en el XII.

del Imperio germánico: Alta y Baja Lorena y finalmente, en 1032, el propio reino de Provenza.

Si el reino de los francos orientales había desplazado a su favor el eje político carolingio, no pudo, sin embargo, resolver la "cuestión italiana", que habría de crear una situación dilemática durante todo el medioevo. Con razón algunos historiadores sostienen que la obsesión romana perdió a los emperadores alemanes.

En tal situación hay que distinguir las relaciones del Imperio con el papado y con el pueblo italiano. En las primeras se observa una disyunción entre una situación de hecho y otra de derecho. Esta última descansaba en un estatuto o carta otorgada, denominada *Privilegium Othonis*, por el cual el emperador se obligaba a defender las posesiones temporales de la Iglesia, aunque subordinaba el reconocimiento del papa al juramento que éste debía prestar en favor de aquél, según lo estipulado entre Luis el Piadoso y Eugenio II en 824.

En el terreno de los hechos, sin embargo, los emperadores alemanes se reservaron la opción de apelar a la violencia siempre que presumían la falta de ciertos requisitos de índole cualitativa. Es sintomático que, ya en el 963, el propio Juan XII, que había otorgado la diadema imperial a Otón I, fuera depuesto por la fuerza, por el motivo de tener ciertos tratos con Adalberto, hijo de Berenguer II.

El concilio que se celebró acto seguido en Roma (noviembre 963), al que asistieron unos cuarenta obispos, fue una especie de juicio público contra aquel pontífice, acusado de disoluto y prevaricador. En su lugar, Otón I ensalzó la figura de un oscuro laico, que adoptó el nombre de León VIII.

A los pocos meses, un nuevo concilio (febrero 964) venía a deshacer la obra del primero y a reponer a Juan XII, quien fue sustituido, al morir, por el prestigioso gramático Benedicto V. Un nuevo asedio de la capital por parte de las tropas imperiales invierte nuevamente los términos con la reposición del antipapa León y el destierro del anterior a Hamburgo.

Toda esa lamentable historia demuestra que el solio pontificio estaba sujeto a la tensión de un sistema de fuerzas de carácter secular. Así, por ejemplo, al morir el antipapa León (965), hechura del emperador y, como tal, abiertamente rechazado por el patriciado romano, Otón I buscó una diversificación al problema, promocionando la candidatura de Juan XIII, hijo de Teodora Teofilacto, llamada la Joven, y hermano del príncipe Juan Crescencio, que gozaba de gran influencia en Roma. Sólo que esta vez se levantó una ola de oposición en las oligarquías italianas, que exigieron la expulsión del pontífice. Su reposición a fines del 966 y la coronación de Otón II como emperador asociado, en diciembre del 967, señalaba que, en definitiva, Otón el Grande había salido airoso de la prueba y que su obra quedaría asegurada.

Sucesor de los emperadores de Occidente, Otón I quiso ratificar socialmente su prestigio entroncando con el emperador de Oriente. Si antes los reyes sajones habían emparentado con las casas reales francesa e inglesa, un emperador podía aspirar a más. Sin demasiados preámbulos, envió como emisario a Luitprando, obispo de Cremona, cerca del *basileus* Nicéforo Focas para pedirle la mano de la princesa Teófano, joven de re-

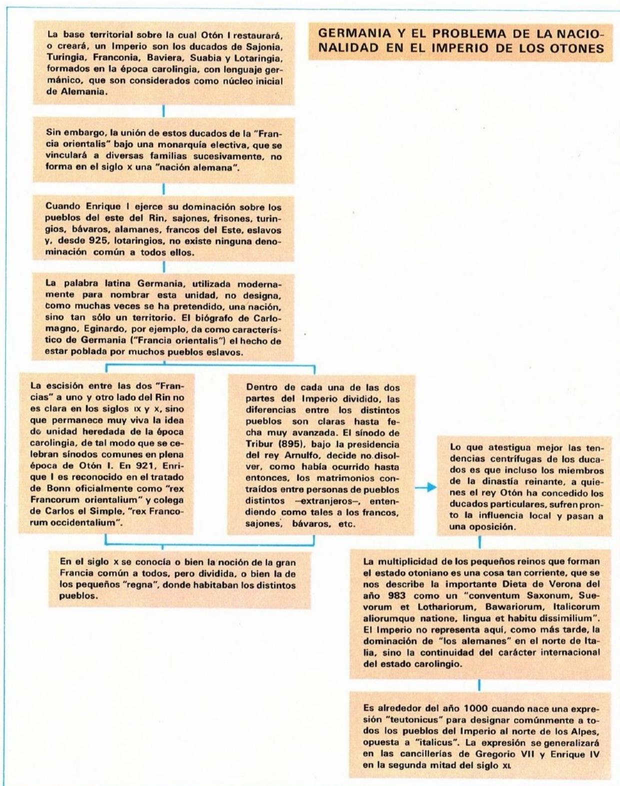


Miniatura de la escuela de Reichenau de hacia 983, que representa al emperador Otón II –para otros es Otón III– recibiendo el homenaje de las cuatro provincias de su Imperio (Museo Condé, Chantilly).

finada instrucción, hija de Romano II, para desposarla con Otón II. El emperador bizantino, con toda la arrogancia de la dinastía macedónica a la que pertenecía y que se había prestigiado en sus luchas contra los árabes, no se privó de comentar el poco respeto que le inspiraban las costumbres germánicas, terminando la entrevista con un desdeñoso apóstrofe: "Si tu amo quiere obtener el gran favor que me pides, que comience por devolvernos lo que es nuestro" (refiriéndose a los estados de Roma y de Ravena). Más accesible fue su sucesor Juan I Tzimiskes, quien –ante el saqueo de la Calabria por el rey alemán– le mandó a la princesa Teófano, que fue coronada conjuntamente con Otón II el 22 de diciembre del 967 por el papa Juan XIII, como se ha indicado.

Otón I dejó de su primer matrimonio con Edith, hija del rey Eduardo de Inglaterra, a Ludolfo, duque de Suabia, y a Luitgarda, mujer de Conrado el Rojo, duque de Lorena. Y de Adelaida tuvo a Otón, Enrique, Bruno –que murieron jóvenes–, Matilde y Teresa –ambas abadesas–. Murió el 7 de mayo del año 973 en Magdeburgo, sede arzobispal fundada por él, en donde fue sepultado.

Su hijo y sucesor Otón II, aunque había sido designado rey de Alemania en 961, co-



ronado rey de Italia en 962 y asociado al Imperio cinco años después, no parece haber desempeñado ninguna función gubernativa hasta entrar en posesión efectiva de su mandato. Y aun entonces, por ser menor de edad (había nacido en 955), estuvo algún tiempo bajo la regencia de Adelaida, que fue enviada a Pavía por una intriga de su nuera, la emperatriz Teófano.

En los diez años de reinado, la obra construida por su padre pareció zozobrar, al replantearse los antiguos problemas internos y exteriores. Su tío Enrique de Baviera, que no había depuesto sus ambiciosos designios, se hizo coronar en Ratisbona por el obispo de Freisingen y logró formar una coalición de daneses y bohemios descontentos, que fue deshecha con facilidad. En Roma prosiguieron las intrigas de los nobles italianos, a las que puso fin Otón II mediante un banquete sangriento, durante el cual hizo apuñalar arteramente a sus invitados (981). En el mediodía de Italia tuvo que afrontar una nueva incursión de los fatimíes, gobernados ahora desde El Cairo, que se disponían a ocupar la Calabria. Derrotado en cabo Colonna en el 982, murió en Roma el 7 de diciembre del 983 y fue enterrado en la basílica de San Pedro. De su matrimonio con Teófano nacieron Otón, Matilde (casada con el conde palatino del Rin), Sofía y Adelarda, abadesas de Gandersheim y de Quedlinburg, respectivamente.

Otón III inició su reinado bajo la tutela de su madre Teófano (m. en Nimega, 991) y de su abuela Adelaida (hasta 994). Había sido designado sucesor en la dieta de Verona y coronado en Aquisgrán como rey de Alemania en 983. Recibió la corona imperial de manos del arzobispo de Ravena, legado pontificio, el 25 de diciembre de aquel mismo año. Contra este príncipe dirigió también sus maniobras Enrique el Pendenciero, quien osó raptarle, aunque sin resultados. Fue educado por algunas figuras excepcionales: Bernwardo, luego obispo de Hildesheim, y por Gerberto de Aurillac, personaje este último que habría de influir intensamente en su reinado.

Si el concepto imperial de Otón I era de raíz carolingia, aunque más realista en cuanto al dominio territorial, Otón III aparece, por el contrario, como la expresión triunfalista de un concepto imperial mitificado, que intenta fusionar los más dispares elementos: carolingios, bizantinos y romanos.

Jefe de la familia sajona, instaló su palacio imperial en el Aventino y desde allí proclamó solemnemente la *Renovatio Imperii Romanorum,* cuyo contenido formal era arbitrario y heterogéneo. En primer término, el propio emperador "romanizado" por el deseo restauró no pocas de las instituciones de la época clásica: el consulado anual, el *senatus,* los *tribuni plebis* y el patriciado. Creó una flota imperial, con la que soñaba conquistar la isla de Sicilia. Y aún tenía en la mente la anacrónica idea de restablecer los triunfos militares y los juegos circenses.

En su corte, sin embargo, reinaba un protocolo plagiado de la corte bizantina, expuesto minuciosamente en su *Graphia aurea urbis Romae*. Los antiguos capellanes palatinos recibieron ahora el nombre de *logothetes,* y el



Miniatura de un códice del siglo XI, de una de las escuelas imperiales, que ilustra la moda en el vestir de los clérigos y cortesanos de la época (Biblioteca Palatina, Parma).

Recipiente de marfil para contener agua bendita decorado exteriormente con relieves de escenas evangélicas (Victoria and Albert Museum, Londres). La pieza fue tallada en el norte de Italia, probablemente durante el reinado de Otón II.



canciller, el de *archilogothetes*. Siete grandes consejeros eran consultados en los más arduos asuntos y el decano de ellos *(primicerius)* estaba continuamente a su lado. Pero en donde el fasto oriental halló su máxima expresión fue en el revestimiento de la persona del emperador. Las túnicas y clámides de lujosos tejidos se sobreponían bárbaramente, cubiertas por la capa cuajada de campanillas de oro. En su ropaje campeaban los signos del zodíaco; en el cinturón se leía la divisa: *"Roma, caput mundi, regit orbis frena rotundi"*, y en los florones de la corona estaban representadas Europa, Asia y Africa. Con esta complicada simbología se quería significar, evidentemente, una idea de dominio universal, insertado en el concepto de *Respublica christiana,* regida y defendida por el emperador.

Otón III tuvo que luchar, como sus antecesores, contra la nobleza romana, esta vez acaudillada por Crescencio el Joven, a quien hizo cortar la cabeza, negándole el perdón ofrecido (998). Y, como su padre, sufrió una derrota frente a los sarracenos, demostrando una vez más la inferioridad de los batallones teutónicos frente a las tropas ligeras africanas.

El último de los Otones fue un espíritu abierto a algunas de las corrientes espirituales que se perfilan en su época, como es el sentimiento y necesidad de la *peregrinatio*. En los últimos años de su reinado realizó tres peregrinaciones, que tienen la fuerza de un símbolo: al sepulcro de Carlomagno en Aquisgrán, que mandó abrir apoderándose de algunas insignias y restos imperiales; a Praga, en donde reposaba su amigo el apóstol de los eslavos, Adalberto, y al monte Gargano, en Italia, por consejo de Romualdo. Murió en la Campania, a los veintidós años, el 23 de enero del año 1002.

En su conjunto, el Imperio otónida había obtenido unos logros indiscutibles, pero, aparte plantear la espinosa cuestión italiana y acentuar en la cristiandad el dualismo entre el pontificado y el Imperio, podría decirse que careció también de una verdadera representatividad frente a los otros reinos y estados. Vimos ya el forzado acercamiento de Otón I al Imperio bizantino, del cual no salió ninguna política de conjunto frente al peligro común que representaban los sarracenos. El mismo emperador envió *motu proprio* una embajada al califato de Córdoba, presidida por Juan de Gortz, a la que contestó Abd al- Rahman III con otra delegación, encomendada a Recemundo, obispo mozárabe de Granada; como es de suponer, no hubo resultados prácticos.



Punta de lanza del siglo X, usada sin duda en algún combate por las tropas otónidas (Kunsthistorisches Museum, Viena). La zona media está recubierta de una lámina de oro con una inscripción.

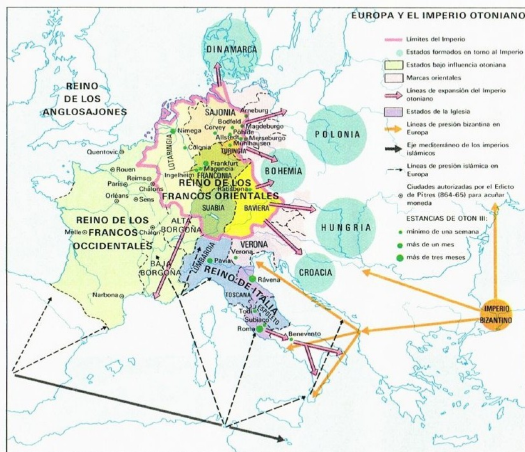


Coronación de Otón III representada en un relieve de la catedral de Monza. El papa que lo corona emperador es Gregorio V, elegido por el propio emperador entre los miembros de su familia.

Respecto a la Europa estricta, el Imperio otónida no estuvo presente tampoco, de un modo eficaz, en muchos de los movimientos subyacentes de la época ni constituía tampoco un principio de unificación, ni siquiera moral. Hay extensos estados en formación que escapan a su influencia –dejando aparte los países que, como Bulgaria y Croacia, caían bajo la órbita de Bizancio–. Así, en Escandinavia, Gorm el Viejo funda el reino de Dinamarca, que englobaba Jutlandia, Schleswig, Seeland, Halland y otros dominios sobre parte de Noruega y del litoral eslavo del mar Báltico.

A pesar del *Danewerk* –gigantesco terraplén en el istmo de Jutlandia–, existía un intercambio comercial y el rey danés recibía amistosamente a los misioneros. Su hijo Haroldo Blâtöön junto con su esposa Gunhilda recibieron el bautismo, hecho que permitió la creación de los obispados ya referidos. Pero, excepto esas tomas de contacto, los Otones asistieron impasibles a la lucha que años después se entablaría entre daneses y suecos de una parte, y noruegos y vendos de otra, y que terminaría con la batalla naval junto a la isla de Svold (1000), encuentro que daría la primacía a los primeros y permitiría al rey Canuto el Grande (1016-1035) formar un extenso, aunque breve, imperio

El emperador Otón III, escultura del siglo x en la iglesia de San Bartolomé all'Isola, Roma.



anglo-escandinavo, al que estarían sometidas las colonias eslavas de las bocas del Oder y del Vístula.

Más intervencionista fue la política de los Otones respecto al antiguo *regnum orientale,* al que dejaron, por mucho tiempo, reducido a las fronteras del tratado de Verdún, con el dominio progresivo y sistemático sobre la Lotharingia, con la minusvalía territorial que significaban los grandes principados. Ya Enrique I, en la campaña que terminó en Soissons (923), había estado a la expectativa respecto a la cuestión dinástica promovida entre Roberto, hermano de Eudes, y Carlos el Simple. El restablecimiento de la línea carolingia en Luis IV, a la muerte del robertiano Raúl, no fue excesivamente grato a la corte imperial, lo que dio lugar a la acción de Attigny (942). Por la asamblea de Noyon fue designado definitivamente Hugo Capeto, nieto del rey Roberto e hijo de Eduvigis, hermana de Otón el Grande (1 junio 987). Carlos, hijo de Luis IV de Ultramar, a quien el emperador alemán había nombrado duque de la Baja Lorena, fue hecho prisionero (991) por el rey francés, sucumbiendo en el cautiverio.

La indiferencia con que los Otones asistieron a la liquidación de los carolingios en Francia parece ser motivada por un enfoque político alentado por el arzobispo de Reims, Adalberón, y por Gerberto de Aurillac, para quienes el Imperio era sinónimo de unidad cristiana, cuya ensambladura podía deteriorarse con la aparición, siempre posible, de un pretendiente carolingio. No hay que olvidar que los reyes sajones eran sucesores por elección, mas no por la sangre, de Carlos el Grande.

En adelante serán los monarcas franceses quienes –a través, sobre todo, de la orden de Cluny– estrecharán sus relaciones culturales con los nacientes reinos y condados hispánicos, y con los vecinos reinos de Provenza, Borgoña e Italia, al tiempo que surgen en Occidente las instituciones defensoras de



Detalle de una miniatura de la "Vida de Saint-Denis", en que aparecen unos molinos sobre el Sena, movidos por la fuerza de la corriente del agua, tan utilizados en la Francia del siglo X para regar los campos y moler los granos (Biblioteca Nacional, París).

una paz universal *(Trêve de Dieu, Friedesbrief, Paz y tregua, frankpledge)*, en las que tanto laboraron algunos príncipes y eclesiásticos y que surgió por completo al margen de la institución imperial. La Iglesia se ponía, también ahora, como en la época poscarolingia, en un primer plano en el movimiento en favor de la unidad. No es de extrañar, por tanto, que fuera en este siglo cuando Roma empezó a adquirir la aureola de capital del mundo cristiano.

El Imperio, si bien tenía una organización bastante desarrollada, no era más que una sobrestructura ideológica, dentro de la cual, y rebasando sus límites, se sucedían unos fenómenos en cadena, que preparaban el camino hacia una transformación de la sociedad.

Los condicionantes principales de este proceso de renovación fueron: el aumento demográfico, el impulso agrícola y tecnológico, la expansión comercial y el dinamismo particularista. El resultado fue una nueva concepción del estado, más realista y coherente.

Después de la peste hemisférica del año 742, Europa entra en una fase de crecimiento demográfico, sólo detenido por la peste negra de 1350, y que perdurará hasta nuestros días. Una modalidad del incremen-

LA FRONTERA ORIENTAL DE ALEMANIA

Atraídos por los espectaculares acontecimientos del Imperio y de su controversia con el papado, los libros de Historia dedican mucho menor atención, en general, a otros aspectos que tal vez sean más importantes desde el punto de vista estrictamente alemán, tales como la organización interna del país o, sobre todo, sus relaciones con los pueblos establecidos más al Este; el último de ambos fenómenos es uno de los capítulos fundamentales de la historia medieval europea y ha tenido y sigue teniendo repercusiones hasta nuestros días, porque fue a través de esta frontera alemana como la civilización occidental penetró hacia el Este e incorporó pueblos y tierras que tienen, por otra parte, riquezas culturales y peculiaridades importantes. Son estos pueblos los eslavos del Oeste (polacos y checos), los húngaros, los lituanos y otros pueblos situados en las riberas del mar Báltico, aunque en este campo Alemania compitió con la presencia de los escandinavos. Más al Este, el pueblo ruso, que afirmaba su propia personalidad en torno a Kiev, con influencias bizantinas y "varegas" o escandinavas, tendrá así el primer contacto con los europeos occidentales y comenzará a moverse en su misma órbita de civilización.

Ya Carlomagno llevó la frontera desde el Rin al Elba mediante la conquista y cristianización de Sajonia, y estableció relaciones con el reino eslavo de la Gran Moravia, antecesor de Bohemia (actual Checoslovaquia). Los emperadores otónidas y sus sucesores del siglo XI realizaron la primera conquista de los territorios comprendidos entre los ríos Elba y Oder, donde establecieron "marcas" o gobernaciones fronterizas, y sometieron a protectorado la comarca del Schleswig, en la frontera con Dinamarca. Al mismo tiempo, establecieron otras "marcas" en las cuencas de los ríos Danubio, Drave y Save para contener las incursiones de los pueblos eslavos del Sur (actual Yugoslavia) y de los húngaros. Sobre aquellas "marcas" del Este, de Estiria, de Carintia y de Carniola surgiría, varios siglos después, el fundamento de la nacionalidad austríaca.

Más al Este comenzaba el territorio poblado por polacos, checos, húngaros, croatas, etc. Estos pueblos tenían un origen y unas características muy diversas. Los croatas habían sido cristianizados en el siglo IX por Cirilo y Metodio y, a través de complicados avatares políticos, mantuvieron diversos grados de autonomía en toda la Edad Media bajo el triple influjo bizantino, alemán e italiano, aunque también estuvieron relacionados con búlgaros y húngaros, que los dominaron políticamente en ocasiones, y, desde el siglo XIV, con los turcos otomanos. La actual constitución política de Yugoslavia, tan compleja, no es ajena a estos acontecimientos históricos.

Los húngaros, nómadas procedentes de las estepas eurasiáticas, comienzan a sedentarizarse, desde la segunda mitad del siglo X, en torno a la cuenca media del Danubio. Al mismo tiempo, comienza su cristianización y organización en forma de reino, que culminó con la conversión del rey Vajk (Esteban) en el año 996. Desde entonces, la asimilación a los modos de vida europeos, favorecida por la proximidad de las marcas austríacas y por la reanudación del tráfico danubiano, no dejó de aumentar.

Los checos constituyeron un poder político, Bohemia, con sede religiosa y nacional en Praga a lo largo de la segunda mitad del siglo X; sus relaciones con el Imperio fueron muy estrechas y Bohemia será un reino vasallo durante toda la Edad Media.

Los polacos constituyeron su organización política más alejados del ámbito alemán y con mayor independencia; el paso de la organización tribal a la de reino se realiza en el siglo X gracias al florecimiento urbano y a la cristianización, aprovechada por los reyes Meszco I y Boleslao I, que gobiernan sucesivamente entre el año 960 y el 1025; de todas formas, amplias zonas del país seguían mal organizadas y poco pobladas, y una región, Silesia, era causa de frecuentes conflictos con los checos.

Sobre este panorama oriental se proyecta la influencia del Imperio germánico, primero cultural y religiosa, pero, desde comienzos del siglo XII, en forma de avance colonizador y político: la "marcha hacia el Este", iniciada en tiempos de Lotario de Suplimburgo y que tiene su principal protagonista en el duque Enrique el León, sirvió para colonizar definitivamente los territorios entre el Elba y el Oder, actual frontera germano-polaca, y a sembrar de colonos rurales y de poblaciones urbanas Pomerania, Polonia, sobre todo en su costa báltica y en la de la antigua Prusia oriental, Silesia, Bohemia (origen de la minoría alemana de los "sudetes"), Moravia y Mecklemburgo.

Aquella expansión, favorecida por los señores eslavos, por las Órdenes religiosas y militares, en especial la Orden Teutónica, mezcló profundamente los modos de vida eslavos y germanos, extendió el derecho alemán, en especial el urbano, y significó una enorme riqueza agraria, comercial y cultural para toda aquella área geográfica. Llegó a su término a fines del siglo XIII, cuando finaliza la gran expansión demográfica de la Europa medieval. La "marcha hacia el Este" fue, junto con el hecho de la Reconquista española y de las cruzadas, el principal fenómeno expansivo de la civilización occidental durante aquellos siglos.

M. A. L. Q.



Sepulcro del papa Gregorio V en las galerías de la cripta del Vaticano. Como dice la inscripción lapidaria, se llamaba Bruno y era hijo de Otón de Carintia y, por tanto, primo de Otón III, que le hizo papa.

to poblacional consiste en su diferente distribución, por entrar en juego otros factores y recursos socioeconómicos. Podría afirmarse que el hábitat natural y agrario de la época carolingia sufre una mutación, volviéndose cada vez más urbano. Proceso de larga duración que se desencadena al filo del año 1000 y que se manifiesta con mayor intensidad a lo largo del segundo milenio.

El bosque "esencial" de la época carolingia, dentro del cual surgía, como un oasis, la pequeña explotación agrícola, va siendo reducido por la ampliación de las áreas de cultivo y por los nuevos métodos de explotación del suelo, debidos a la introducción de algunos perfeccionamientos técnicos: nuevos tipos de arado, manual o de ruedas, atalaje más racional de los animales de tiro, rotación de la siembra, mayor aprovechamiento de la fuerza hidráulica, etc. En esta centuria existe una gran actividad molinera y raro es el monasterio que no posea sus molinos: sólo el de Saint-Germain-des Prés contaba con cerca de sesenta y en Inglaterra, en el siglo siguiente, alcanzan la cifra de cinco mil.

Junto al cultivo extensivo de los cereales aumenta también el área de la vid, que avanza hacia el norte de Francia, Flandes, la Renania e Inglaterra. Al lado de los cereales y del vino surgen otros excedentes de producción, tales como la sal de Baviera, la lana inglesa, los paños frisones, las maderas septentrionales, etc. Esas transacciones vienen a incrementar el comercio de bienes de consumo suntuarios (sedas, pieles, espadas, esclavos, especias, piedras y objetos preciosos, etc.), ya existente en la época carolingia. Se ponen en juego entonces unos mecanismos de oferta y demanda, muy elementales ciertamente, pero que determinan la aparición de unos centros distribuidores al lado de otros consumidores y de unas vías de comunicación terrestres, fluviales o marítimas.



Miniatura de una de las páginas del Evangeliario de Otón III, obra de fines del siglo X de la escuela de Reichenau, que representa al evangelista San Lucas rodeado de cinco profetas (Biblioteca del Estado, Munich).

ACONTECIMIENTOS ESENCIALES DE LA EPOCA OTONIANA

919 Los grandes de Franconia y de Sajonia eligen rey al duque Enrique de Sajonia en Fritzlar.

921 Enrique I es reconocido rey por los bávaros.

926 Enrique I obtiene de los magiares una tregua de nueve años, a cambio de la liberación de un príncipe húngaro.

932 Enrique I deja de pagar tributo a los magiares.

934 Victorias de Enrique I en Dinamarca.

936 Otón, hijo de Enrique I, proclamado sucesor en Erfurt. El rey muere en Memleben. Otón acude a Aquisgrán para tomar oficialmente el poder real, en presencia de los príncipes y altos dignatarios, enlazando así con las tradiciones carolingias. Oposición interna a Otón I.

939 Nueva rebelión, capitaneada por el hermano menor del rey, Enrique, y apoyada por el rey de Francia, Luis IV; es sofocada después de la victoria militar de Andernach.

941 Nueva rebelión. Tras una nueva victoria, Otón puede disponer de los ducados y nombrar a miembros de su propia familia.

944 Conrado el Rojo, yerno de Otón, nombrado duque de Lorena.

947 Enrique, hermano del rey, nombrado duque de Baviera.

951 Tras una larga crisis política en Italia, Adelaida, viuda de Lotario II, solicita el auxilio de Otón I. Éste pasa los Alpes, ocupa Pavía, contrae matrimonio con Adelaida y se hace coronar "rey de los francos y de los lombardos".

953 Rebelión de Ludolfo en Germania.

955 Ante la invasión magiar, Otón consigue reunir a la dividida nobleza germánica y obtiene la primera victoria sobre los húngaros en Lechfeld. Tras esta victoria, las incursiones magiares cesarán, el poder y prestigio de Otón crecerán en Occidente y el poder monárquico quedará asegurado en Germania.

961 Otón I y la reina Adelaida regresan a Italia.

962 Coronación imperial en San Pedro de Roma (2 de febrero).

964 Tras incesantes luchas, Otón abandona Italia, dejando un papa fiel, León VIII.

966 Muerto León VIII, Otón emprende una tercera campaña en Italia y hace elegir a Juan XIII.

972 Otón casa a su hijo y heredero (el futuro Otón II) con la princesa bizantina Teófano, poniendo fin a una época de dificultades con el Imperio de Oriente.

973 Muerte de Otón I en Memleben. Oposición a Otón II, dirigida por Enrique de Baviera.

978 Victoria de Otón II sobre los rebeldes. Lotario, rey de Francia, invade el Imperio y es enérgicamente rechazado por Otón, que avanza hasta Montmartre, a las puertas de París.

980 Reconciliación de Lotario y Otón en Margut.

982 Ante los avances musulmanes en la Italia bizantina, Otón marcha a Calabria, reconquistando Tarento, y libra la indecisa batalla naval de cabo Colona.

983 Otón II muere, sucediéndole su hijo, Otón III, que cuenta tres años de edad, bajo la regencia de Teófano. Teófano logrará vencer, con ayuda de la viuda de Otón I, Adelaida, la oposición interior, estableciendo buenas relaciones con los países orientales y pacificando Italia.

991 La muerte de la emperatriz madre Teófano da la regencia a la abuela, Adelaida, que defiende el reino frente a los húngaros, aliados de Enrique de Baviera, y rechaza a los normandos.

994 Mayoría de edad de Otón III.

996 Otón III en Italia, donde hace elegir papa a un alemán, Bruno de Carintia (Gregorio V), quien a su vez corona emperador a Otón.

997 Gregorio V no puede mantenerse en Roma tras la partida de Otón; éste debe volver a Italia, dejando como regente en Germania a su tía, la abadesa de Quedlinburg.

998 Otón en Roma. Gerberto de Aurillac, íntimo del emperador, es elegido papa con el nombre de Silvestre II. Esforzándose en renovar el Imperio romano, Otón III transfiere su residencia a Roma, contando con la oposición tanto de alemanes como de italianos.

1000 El emperador peregrina a Gniezno (Polonia) para visitar la tumba de San Adalberto y crear el primer arzobispado polaco.

1002 Muerte prematura de Otón III en Paterno. Enrique, descendiente de Otón I, es proclamado su sucesor.

1004 Enrique II se hace coronar rey de los lombardos en Pavía.

1004-1018 Guerra contra Boleslao de Polonia, que se apodera de Bohemia y rompe los lazos de vasallaje. La guerra termina desfavorablemente para Enrique II, que deberá reconocer las conquistas de Boleslao en la paz de Bautzen.

1021 Campaña victoriosa en Italia contra bizantinos y árabes.

1024 Muerte de Enrique II y extinción de la casa imperial de Sajonia.

Los cereales tuvieron un gran volumen comercial. Los excedentes de las granjas imperiales y de las abadías solían venderse a Italia, de donde los venecianos los reexpedían a Bizancio. Es también muy importante el comercio vinícola del norte de Francia, de Frisia y de Renania hacia Inglaterra y los países escandinavos. Los principales centros de distribución y puntos de confluencia de la circulación comercial fueron en Alemania las ciudades de Colonia y Maguncia, en el Rin y el Main; Regensburgo y Augsburgo, que controlaban la línea del Danubio; Magdeburgo y Halle, hacia Escandinavia; Hamburgo y Bremen, hacia Inglaterra; en Francia, Saint-Denis, Nantes, Narbona y Marse-

TEORIA DEL ORIGEN DEL PODER IMPERIAL BAJO LOS OTONES

962-973

OTON I

Teoría muy realista, en la que el poder se fundamenta en el reino franco, convertido en Germania. Otón I no reivindica el reino de la Francia occidental ni piensa en fijar su capital en Roma. De su título nuevo espera una consolidación de su poder sobre Italia y el apoyo papal para la conversión de los eslavos. Recibe la corona del papa, pero ejerce su autoridad sobre la Santa Sede.

WIDUKIND

Teoría inspirada en textos clásicos: Otón se ha convertido en emperador desde 955 por su victoria, por la aclamación de sus tropas en el campo de batalla y por su dominación sobre varios pueblos. La coronación por el papa no tiene importancia.

PAPADO

El título imperial es una simple recompensa dada al vencedor de los paganos, que le confiere el deber de proteger, pero no el poder de controlar a la Santa Sede.

973-1024

OTON II

Fidelidad a la concepción paterna, modificada tan sólo por una variación en las relaciones con el Imperio bizantino. Tratando de igualar al "basileus", Otón II toma el título de emperador de los romanos e intenta dominar la Italia bizantina.

OTON III

Concepción muy original, sintetizada por la fórmula "Renovación del Imperio romano". Se presenta como jefe de la cristiandad, conciliando así el universalismo imperial con el universalismo cristiano. Esta concepción entraña el reconocimiento de la independencia del duque de Polonia y del rey de Hungría, asociados al emperador según una fórmula ambigua, y significa un real retroceso de la influencia germánica en el Este.

ENRIQUE II

Vuelta al realismo de Otón I: de la renovación del Imperio romano se pasa a la renovación del reino franco, es decir, el reforzamiento del poder real en Germania, fundamento del poder político del emperador.

lla; en España, Barcelona, Jaca, Pamplona, Burgos y los puertos cántabros; en Italia, las ciudades lombardas y, sobre todo, Venecia, que sirve de intermediaria entre Europa, Bizancio y el Islam, traficando a la vez con productos occidentales (trigo, madera, sal, vino, esclavos) y productos orientales (sedas, especias, manufacturas valiosas).

Las vías de comunicación terrestre, que se habían deteriorado en la época de las invasiones del siglo anterior, vuelven a restablecerse. Se perfilan grandes caminos que se bifurcan y ponen en conexión los principales núcleos de población, tanto en Francia como en Alemania. También mejoran las comunicaciones entre Provenza, Italia y Europa central desde que fueron desalojados los sarracenos de su base de Garde-Frainet (972). Asimismo son más frecuentados los caminos que unen el mediodía francés con los reinos hispánicos. Pero la comunicación preferida, dentro del continente, es la fluvial: tanto las cuencas del Danubio como las del Elba, y su afluente el Saal; del Weser, del Rin, con sus afluentes el Main y el Mosela; del Mosa, del Sena, del Loira, del Garona y del Ródano, sostienen un activo tráfico.

Con todo, el hecho más importante en esta centuria es tal vez la primera apertura del Mediterráneo, la cual se produce por un debilitamiento de los núcleos árabes, que coincide con un aumento de la capacidad agresiva por parte de los estados cristianos. En el Mediterráneo oriental, la dinastía macedónica, instaurada en Bizancio con Basilio I (867-886), consigue recobrar bajo Nicéforo Focas (936-969) las islas de Creta y Chipre y la ciudad de Alepo, obra que completa su sucesor Juan Tzimiskés (969-976) con la conquista de Siria y Palestina. A su vez, ya destruida la indicada base provenzal de los árabes e imitando la estrategia de éstos de actuar por sorpresa, las ciudades norteitalianas se lanzan al mar. Una flota pisano-bizantina asedia la ciudad de Mesina en 975 y, posteriormente, pisanos y genoveses atacarán a los árabes de Córcega y Cerdeña (1016). Se prepara con ello la reactivación comercial del Mediterráneo, algo más tardía que la de los mares del Norte, de cuyo aforo mercantil nos da una buena prueba el registro del rey Etelredo de Inglaterra, del año 1000.

El desarrollo comercial es conexo con la aparición de nuevas profesiones y actividades relacionadas con la vida mercantil. Al lado de los vendedores ambulantes, de la primera época, surgen los mercaderes urbanos, los transportistas, los artesanos y cambistas, que se nutren –aparte unos pocos señores y patricios– de la clase ministerial y del campesinado, así como de las comunidades israelitas y grupos diversos.

Esa nueva clase social, activa y consumidora a la vez, es esencialmente urbana. A su imperativa instancia se amplían y densifican las escasas ciudades de cuño romano o carolingio que subsistieron si son idóneas para ello o se fundan otras modalidades de población. Gracias, sobre todo, a la red administrativa eclesiástica y a los condados carolingios, habían logrado subsistir algunas de las ciudades romanas, de las cuales las del norte y centro de Italia conservaban ma-

yor dinamismo: Roma, Milán, Turín, Verona, Bolonia, Cremona, Florencia y Nápoles. En Francia: Ruán, Limoges, Lyon, París, Toulouse, Arles y Marsella. En Alemania: Colonia, Maguncia, Tréveris, Augsburgo y Regensburgo. En España, gracias a la Reconquista, fueron restauradas Oviedo, León, Lugo, Astorga, Santander, Pamplona, Jaca, Huesca, Gerona, Barcelona y Tarragona.

No obstante, aun en los casos en que se conservaban el basamento y el nombre de la antigua ciudad, la estructura jurídica había desaparecido. En adelante y a través de un largo proceso, los nuevos implementos demográficos darán una nueva fisonomía a los centros urbanos. La forma más característica que adoptan los nacientes núcleos de población son los *burgos* o *foris-burgus,* que vienen a ser las colonias de artesanos y mercaderes que se forman, bien en el interior de la antigua ciudad o, con más frecuencia, adosadas a ella o separadas por un río. Pero el burgo se genera también alrededor de un castillo o fortaleza, o en campo abierto. Las poblaciones fluviales o marítimas pueden dar lugar al *portus* o *wic,* que es el embarcadero natural más fácilmente accesible al tráfico mercantil y cuya importancia será mayor, con el tiempo y en múltiples ocasiones, que la de las *civitates* tradicionales.

Aunque la presencia del *burgus* –adoptando distintas modalidades– se generaliza en todos los países occidentales, es en el centro de Europa en donde las nuevas formas de poblamiento –sobre todo el *wic*– ofrecen sus modelos más dinámicos y originales. En la cuenca del Danubio aparecen o se desarrollan: Ulm, Donauwörth, Linz y Passau; en la del Elba: Hamburgo, Bardowiek, Meissen y Magdeburgo (destruida en 983 y reedificada posteriormente); en la del Saal: Naumburg, Merseburg y Halle; en la del Rin: Utrecht, Nimega, Duisburgo, Colonia, Bonn, Coblenza, Worms, Estrasburgo, Basilea y Constanza; en la del Mosela: Toul y Metz; en la del Mosa: Verdún, Maastricht y Huy; en la cuenca del Sena: El Havre, Ruán y París; en la del Loira: Nantes, Tours, Orleáns; en la del Garona: Burdeos, Agen y Toulouse, y en la del Ródano: Arles, Aviñón, Valence y Lyon.

El aumento de la producción y la demanda en un marco de mayor tranquilidad pública hace prosperar el nacimiento de ferias y mercados dentro de las poblaciones o en sus alrededores. Los mercados eran exposiciones diarias, o más frecuentemente semanales o quincenales, de productos destinados al consumo local, mientras que las ferias –que se celebraban, por lo general, una vez al año– eran grandes concentraciones del comercio interurbano o, incluso, internacional. Por su parte, la sociedad modifica y amplía la estructura carolingia –que la dividía en gente que lucha, que reza y que trabaja– con la aparición de dos clases intermedias: de los *milites,* unidos por un simple contrato de vasallaje, y la de los artesanos y mercaderes, liberados del agro. La conciencia que van adquiriendo estos últimos de pertenecer a un grupo profesional coherente, con intereses comunes, motiva el nacimiento de las primeras asociaciones laborales *(Frairies, charités, cofradías),* que constituirán la primera manifestación de la burguesía.

Paralelamente, el proceso de transformación social y económica condicionó una mutación en el concepto de la soberanía pública, que –dejando aparte los afanes universalistas– se particulariza y busca el apoyo de la incipiente burguesía, apta para potenciar los recursos económicos del estado. Esa nueva orientación tomarán, en primer lugar, los Capetos en Francia y los normandos en Inglaterra, así como se adaptarán también a esa modalidad los reinos y condados hispánicos.

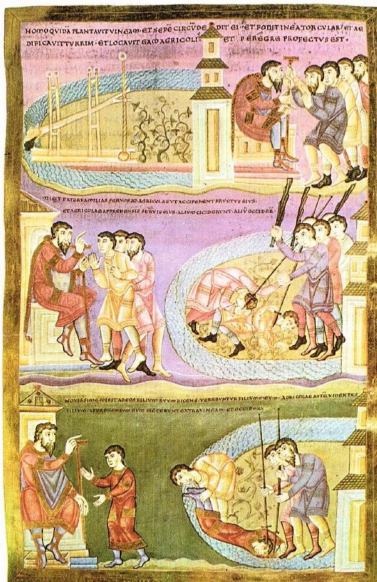
Sin renunciar a la unidad de la fe, el mundo occidental ha formado unas unidades políticas más concretas y definidas tanto en sus fines como en sus fronteras. Surge entonces la idea de una Europa diversa, que halla su más diáfana expresión en el poema *Waltharius* de Eckehart de Saint-Gall: "Un tercio de la tierra, llamado Europa, contiene pueblos diferentes por sus costumbres, sus lenguas, sus nombres, sus ritos y su religión".

Fachada de la catedral de Spira, obra románica del siglo XI.



BIBLIOGRAFIA

Bloch, M.	*Las clases y el gobierno de los hombres,* México, 1958.
Dhondt, J.	*La Alta Edad Media,* México-Madrid, 1971.
Fiche, A.	*L'Europe occidentale de 888 à 1125,* en "Histoire du Moyen Age", dirigida por G. Glotz, París, 1930.
Lacarra, J. M.	*Historia de la Edad Media,* Barcelona, 1960.
Le Goff, J.	*La Civilisation de l'Occident Médiéval,* París, 1964.
López, R. S.	*El nacimiento de Europa,* Barcelona-Madrid, 1965.
Mourret, F.	*Historia general de la Iglesia,* IV, Barcelona, 1920.
Pacaut, M.	*Les structures politiques de l'Occident médiéval,* París, 1969.
Planitz, H.	*Die deutsche Stadt im Mittelalter,* Graz-Köln, 1965.
Suárez Fernández, L.	*Historia social y económica de la Edad Media europea,* Madrid, 1969.
Van Der Meer, F.	*Atlas de la Civilisation occidentale,* París-Bruselas, 1952.
Vasoli, C.	*La Filosofia medioevale,* Milán, 1961.



Miniatura del "Codex Aureus", del siglo XI, que representa la parábola evangélica de los viñadores que mataron a los siervos y al hijo del amo (Biblioteca de El Escorial, Madrid). Este evangeliario de El Escorial es obra de la escuela otoniana de Echternach.